

CULTURA Y ECONOMÍA: LA ENCRUCIJADA DE LOS VALORES EN EL DESARROLLO

* Sociólogo. Universidad Arturo Prat. Correo electrónico: leandro.valenzuela@unap.cl.

Iván Valenzuela*

El presente artículo tiene como objetivo principal esbozar una propuesta teórica y metodológica, que contribuya a la comprensión de las relaciones entre cultura y economía en función de su vital incidencia en el proceso de desarrollo. A tal efecto, se hace un balance crítico de un conjunto de teorías y modelos de desarrollo que obviaron dicha problematización, o bien la abordaron inadecuadamente, redundando en un estancamiento de la sociología del desarrollo en años recientes.

Mi propuesta parte de la sociología del desarrollo pero se abre, de forma interdisciplinaria, a notables innovaciones teóricas y conceptuales que han tenido lugar en la economía política, los “estudios culturales” y la filosofía moral y política.

El argumento central de este artículo subraya la importancia decisiva de los valores y los juicios político-morales en el conjunto del proceso de desarrollo, definiendo de sobremanera el cariz de las relaciones entre cultura y economía en este ámbito determinante.

Palabras claves: Desarrollo - Cultura - Economía.

This article has as its main objective sketching the outline of a theoretical and methodological approach meant as a contribution to a better understanding of the relations between culture and the economy in their vital role in the development process. Thus, I shall put forward a critical evaluation of a set of development theories and models, which either obviated those relationships or approached them inappropriately worsening the impasse suffered by the Sociology of Development in recent years.

My own proposal grounds itself in Sociology while engaging interdisciplinarily with recent theoretical and conceptual innovations which have taken place in political economy, “cultural studies” and moral and political philosophy.

The central argument in this article underlines the utmost importance of values and moral-political judgements in the whole development process, influencing to a large extent the shape taken by the relations between culture and the economy in this decisive domain.

Key words: Development - Culture - Economy.

INTRODUCCIÓN

Pese a la relevancia de las relaciones entre cultura y economía en todo proceso de desarrollo, éstas, por lo común, no han sido abordadas de manera sistemática y profunda por los distintos enfoques de la sociología del desarrollo y otras disciplinas afines. Lo anterior ha empobrecido la comprensión de la cultura, la economía y el desarrollo en su conjunto, dado que éste tendió a ser reducido en extremo a una u otra forma de “modelo” abstracto, en el que se asignó prioridad excluyente a la identificación de un respectivo “agente técnico” en tanto fuerza galvanizadora del crecimiento económico y el desarrollo. Esto, en mayor o menor grado, caracterizó a la teoría de la modernización, las concepciones de la Cepal, la teoría de la dependencia y, más recientemente, la aproximación neoliberal, al tiempo que las mismas optaron por alternativas teórico-metodológicas más bien monológicas en vez de interdisciplinarias. Todo ello ha redundado en una suerte de “impasse” disciplinario en el campo de los estudios del desarrollo.

Sin embargo, diversas innovaciones conceptuales y teóricas están sentando las bases para formulaciones inequívocamente interdisciplinarias que permiten avanzar en la superación de la situación de estancamiento descrita. En consecuencia, en este trabajo propongo una aproximación teórica y metodológica para la comprensión tanto de las relaciones entre cultura y economía como de su papel en el desarrollo, colocando el énfasis en la dimensión valórica y político-moral que exhibe el fenómeno en cuestión. Dicha aproximación se sustenta en la sociología del desarrollo, pero se abre a una perspectiva interdisciplinaria crítica que comprende ciertas corrientes de la economía política, el llamado “giro” cultural y algunos planteamientos clave de la filosofía moral y política.

Por consiguiente, sostengo que la revitalización del estudio académico del desarrollo pasa por la tematización rigurosa de las relaciones entre cultura y economía, resaltando el alcance crucial de los valores, las normas y los juicios político-morales. Ello presupone abordar en toda su magnitud el papel del universalismo, las necesidades humanas transculturales y la “economía moral” en el curso que adopta el desarrollo. Esto ofrece perspectivas promisorias a la sociología para la comprensión y explicación del desarrollo en una apuesta de diálogo interdisciplinario.

EL IMPASSE TEÓRICO Y EL DESARROLLO

Los estudios sobre el desarrollo, y la sociología del desarrollo en particular, se encuentran, desde hace algún tiempo, en una situación de estancamiento teórico y conceptual. Este estancamiento, o impasse, de la innovación conceptual atraviesa y pone en entredicho los supuestos analíticos centrales de la teoría de la modernización, al modelo de la CEPAL, las teorías de la dependencia y, de manera notoria, al esquema neoliberal de desarrollo seguido en América Latina y en los países en vías de desarrollo en los últimos años.

Las razones que dan cuenta de las debilidades de los planteamientos teóricos de las propuestas en cuestión son variadas, pero puede indicarse que sus perspectivas conceptuales, de alguna u otra forma, han incurrido en tratamientos del desarrollo carentes de una adecuada consideración de las dimensiones socio-históricas y de la agencia humana (Larraín, 1989; Giddens, 1984). De este modo, los “modelos” creados a partir de tales aproximaciones pusieron el acento en la identificación y promoción de un agente técnico clave en la propulsión económica, bien concebido como mercado o Estado, o bien como fuerzas productivas y tecnología industrial (Kiely, 1995). Esto supuso desanclar de las bases sociales e históricas al “agente” específico seleccionado por cada “modelo”, dando pábulo a determinismos de diverso signo en la orientación del desarrollo, que hicieron caso omiso de las relaciones sociales fundamentales del desarrollo que han sido históricamente construidas.

Dicho de otra forma, las orientaciones teóricas aludidas no han dado cuenta fehacientemente del papel de la historia, las relaciones sociales y del accionar colectivo humano en la conformación de los fenómenos que confluyen en los procesos del desarrollo. Así, se ha tendido a concebir el desarrollo, muy especialmente en la antigua teoría de la modernización y la actual teoría neoliberal, como una aplicación técnica de determinadas políticas y reformas específicas, supuestamente racionales y científicas, derivando en la creación de “modelos” excesivamente abstractos caracterizados por una fortísima tendencia al reduccionismo económico y/o tecnológico.

Como cabía esperar, los resultados concretos posteriores de las diferentes experiencias de desarrollo terminaron siendo marcadamente contingentes e indeterminados, razón por la que fueron muy distintos de los esperados por los “modelos”.

De forma simultánea al anquilosamiento de los “modelos”, la conceptualización del desarrollo fue tornándose sumamente compleja en la medida que emergían nuevos retos teóricos que dicen relación con decisivas tendencias y fenómenos de las sociedades capitalistas contemporáneas que repercuten en la economía, la política y la cultura. Varias de estas tendencias son sugerentemente abordadas, entre otras, por las nociones de “individualización”, “destradicionalización”, “desmoralización”, “estetización”, “estilización”, “contractualismo” y “postconvencionalismo” (Beck, 1998; Lash, Urry, 1998; Bauman, 1995; Sayer, 2001). Ello, por cierto, obliga analizar, en el marco de una cultura crecientemente economizada, el alcance de las tendencias aludidas junto a las de mercantilización, división del trabajo, clase social, expansión de la racionalidad instrumental y colonización de los “mundos de vida” por parte del “sistema” (Habermas, 1979; Wright, 1997; Sayer 2001).

Ninguna discusión seria y acabada sobre las estrategias de desarrollo en boga puede ignorar los complejos fenómenos que están teniendo lugar ni las innovaciones de la teoría social abocadas a su comprensión y explicación. Así, el debate sobre el desarrollo puede abrirse a nuevas perspectivas teóricas valiéndose de ellas para superar el estancamiento identificado arriba, ampliando nuestra comprensión de la cultura, la economía y las relaciones entre ambas.

LA CULTURA, LA ECONOMÍA POLÍTICA NEOLIBERAL Y LA TEORÍA DE LA MODERNIZACIÓN

La economía política neoliberal se caracteriza, fundamentalmente, por su afán de implementar políticas y reformas económicas que simultáneamente reduzcan drásticamente el tamaño y papel del Estado en la economía y expandan dinámicamente los mecanismos de libre mercado.

En los últimos años, la economía política neoliberal se ha convertido tanto en la “corriente principal” de los estudios del desarrollo como en la estrategia por excelencia adoptada para generar crecimiento y modernización económica. A saber, la antigua teoría de la modernización fue desempolvada, a partir de la década de 1970 en adelante, sobre la base de políticas económicas “correctas”, “técnicas” y “neutrales”, etc. derivadas directamente de la economía política neoliberal. Como resultado, la vida social y cultural, dadas las exigencias del “desarrollo”,

tenía que ser, por fuerza, radicalmente compatible con la dinámica de los mercados libres.

En tal sentido, los mecanismos explicativos de la economía política neoliberal únicamente hacen alusión de forma positiva a la cultura cuando ésta conlleva valores, significados, discursos y prácticas funcionales y convergentes con el potenciamiento del *one best way* hegemónico en la estrategia económica, esto es, el modelo capitalista de libre mercado a ultranza. Por lo tanto, los valores, las normas y la cultura no son concebidos ni sopesados en sus propios términos, sino en su papel de supeditación mecánica a la reproducción del sistema socioeconómico libremercadista (ver, por ejemplo, Berger, 1986; Lal, 1983).

En otras palabras, la economía política neoliberal reforzó a más no poder la prescindencia del ámbito valórico-moral que tuvo lugar con posterioridad a los trabajos de notables pensadores como A. Smith y J.S. Mill en la temprana economía política. Estos autores, entre otros, conectaron la discusión económica de su época con temas centrales de la filosofía moral y política.

Precisamente, la Ilustración Escocesa hizo importantes esfuerzos por aquilatar el peso de la responsabilidad del sujeto moderno en la determinación de la moral en un contexto de “destradicionalización” donde las relaciones sociales convencionales imperantes debían ser críticamente sopesadas y evaluadas. A saber, la tradición ya no sería aceptada sin más, quedando al margen de los cuestionamientos y evaluaciones críticas del escrutinio racional. Aún en los casos en que las tradiciones sean aceptadas y no se proceda a cambios, éstas son sometidas a diferentes grados de sendos procesos de comparación con otras alternativas y opciones (Beck; 1998). Esta es, sin duda alguna, una característica central del escenario socio-cultural “contractualista” y “post-convencionalista” en que vivimos.

En los importantes intentos analíticos de los pensadores escoceses se buscó articular una genuina ciencia racional de la moral, por lo que no se estableció una separación nítida e inequívoca entre la teoría normativa y la positiva. Será sólo más tarde que se consumará la separación entre ambas preocupaciones intelectuales en la medida que se abrió paso la animadversión liberal hacia las prescripciones del bien, al tiempo que se gestaba la división entre el énfasis en lo privado de la ética y el volcamiento de la política hacia el dominio de lo público.

La separación entre ambos tipos de disciplina intelectual remite directamente, cómo no, a la consolidación de las relaciones de producción capitalistas y a la autonomización de los mecanismos de mercado. La profundización de la división del trabajo capitalista y la expansión de las relaciones laborales salariales de nuevo cuño hicieron a los individuos progresivamente más dependientes de un sistema económico cada vez más fuera de su control y alcance. El nuevo sistema económico exhibía una lógica y dinámica propia mucho más pronunciada que cualquier modalidad anterior. A medida que los individuos fueron perdiendo capacidad real para incidir en la operatoria de los mercados, las leyes competitivas de la economía capitalista global propiciaron el declive paulatino de las consideraciones normativas en la economía política, dando la impresión de una supuesta irrelevancia de la ética en este ámbito crucial (Bauman; 1995: 211).

Como ha indicado lúcidamente Sayer (2001: 1-2), lo anterior ha supuesto pasar por alto las consideraciones relativas a nuestras responsabilidades económicas hacia otros, centrándonos exclusivamente en el funcionamiento del “sistema”, en el comportamiento de los actores en el mismo y en la búsqueda de “nuestros” nichos de mercado. Así, las interrogantes y cuestionamientos sobre la validez de los discursos y prácticas fueron sustituidos por consideraciones esencialmente relativas al comportamiento. Al igual que el comportamiento económico, el estudio de la economía se ha “des-valorizado” en el sentido de que los valores morales han sido marginados y excluidos del alcance del análisis. Paralelamente, los valores y normas han sido “des-racionalizados” de tal modo que han devenido en meras disposiciones subjetivas y emotivas pretendidamente ubicadas más allá de la razón.

La distinción entre la teoría normativa y la positiva guarda estrecha relación con los cambios económicos y sociales esbozados más arriba. En esta perspectiva, la separación normativa-positiva trasluce, por una parte, una subjetivización y “desracionalización” de los valores y, por otra, una “desvalorización” y vaciamiento de las disquisiciones morales del ámbito de la gestión y funcionamiento de la economía. Por consiguiente, se acabó perdiendo de vista decisivamente tanto la influencia de los valores político-morales en la economía.

De manera especial, esta inclinación hacia formulaciones tecnocráticas y “neutrales” del desarrollo, sustentada en la marginación de la historia y las bases sociales del mismo, ha tenido lugar en las propuestas neoliberales, las

cuales individualizan en extremo las diferentes preferencias de los agentes involucrados, vaciándolas de cualquier referencia a juicios valóricos y político-morales. De acuerdo con esta aproximación, lo que prima racional y técnicamente es la presunta eficiencia de la gestión conforme a las llamadas “políticas correctas” que, en clave de racionalidad instrumental, conducen ineluctablemente al “desarrollo”. Así entonces, la economía política neoliberal, en inequívoco contraste con la temprana economía política clásica, prescinde de las evaluaciones valóricas y morales en su formulación de los lineamientos económicos encaminados al crecimiento y la prosperidad.

De este modo, la economía política neoliberal supedita forzosamente las valoraciones político-morales y normativas a su ajuste con el patrón de acumulación que termina siendo naturalizado y reificado, empobreciendo tenazmente la comprensión del fenómeno del desarrollo. Como es obvio, esta situación tiene incidencia directa en la tendencia constante del neoliberalismo a no considerar en su justa medida las dimensiones social, política e histórica de las distintas trayectorias de desarrollo. Por consiguiente, la concepción neoliberal del desarrollo no puede más que simplificarse excesivamente, apartando de la economía y la cultura la imprescindible reflexión sobre los fines genuinamente deseados conforme a procedimientos democráticos de deliberación pública.

Por otra parte, la antigua teoría de la modernización hizo planteamientos propios acerca de la cultura en el desarrollo en los años cincuenta y sesenta. Sin embargo, estas concepciones normalmente acabaron presentando modelos ahistóricos, homogéneos y estereotipados sobre las culturas de los distintos países en vías de desarrollo (Kiely; 1995:35-44). Conforme a esta perspectiva, la norma cultural a seguir venía dada fundamentalmente por el racionalismo y el individualismo del sujeto individual de Occidente. A menudo se interpretó la dinámica del sujeto occidental en términos del comportamiento del agente emprendedor. Esto se tradujo, por ejemplo, en una aplicación concreta en América Latina, en la necesidad de detectar en el proceso de modernización a los debidos agentes de cambio, esto es, a los individuos capaces de adaptar a sus respectivas realidades los valores, las prácticas, las ideas y creencias de Occidente en el contexto latinoamericano (Larraín; 1989).

En definitiva, la antigua teoría de la modernización creó una caricatura y rechazó como “atrasadas” las prácticas y significados propios de la culturales no occidentales al concebir la “modernidad” y la “tradicición” en tanto rígida

oposición binaria que debía resolverse sin más a favor de la primera. En resumidas cuentas, la experiencia de Occidente debía ser universalizada y seguida a rajatabla en las distintas experiencias nacionales de desarrollo en América Latina y otras áreas del “Tercer Mundo”. A partir de estas premisas, no se pudo problematizar en todo su alcance el papel central de los valores y los juicios morales en su compleja relación con las decisiones sociales y políticas básicas del desarrollo.

Así entonces, la estrategia de desarrollo e industrialización en cuestión se vertebró a partir de una economía política que obvió la tematización de lo valores, la cultura y los criterios político-morales en sus dimensiones económica, política y social.

LA CULTURA, EL MODELO CEPAL Y LA TEORÍA DE LA DEPENDENCIA

Por su parte, la teoría de la dependencia y el modelo-ISI tampoco tematizaron profunda y sistemáticamente la dimensión cultural que tiene todo proceso de desarrollo, con lo cual, en los hechos, dieron pábulo a un acusado economicismo centrado respectivamente en el Estado en tanto “agente técnico” clave y en un determinismo estructural de las distintas posiciones existentes en la economía capitalista global (Kiely; 1995:44-53).

En consecuencia, las aproximaciones señaladas no prestaron la debida atención a las historias sociales singulares de las sociedades en vías de desarrollo, ni a las relaciones sociales centrales que emergen de las mismas, a la vez que se hizo caso omiso de los valores y las evaluaciones político-morales en las decisiones sobre política económica, estrategia de desarrollo, etc.

Así, se pasó fatalmente por alto tanto el papel decisivo de la cultura en el desarrollo como sus complejas y multidimensionales relaciones con los procesos históricos, la política y la economía.

EL BIFRONTISMO DE LOS “CULTURAL STUDIES” Y EL (POST) DESARROLLO

En años recientes, se ha planteado justificadamente, desde los Estudios Culturales (Cultural Studies), la necesidad de colocar la cultura, por derecho propio, en el centro de la investigación y debate teórico acerca del desarrollo.

En una apretada síntesis, el “giro cultural”, en su acercamiento a la economía, propició un variado conjunto de propuestas que convergen en la tesis del “post-desarrollo”, destacando autores como Gustavo Esteva y Arturo Escobar (Escobar, 1995; Viola, 2000). El tema central del enfoque aludido radica en el rechazo frontal y sin paliativos del conjunto de la problemática del desarrollo económico y de la industrialización. Lo que arguye esta perspectiva, que aspira a ser crítica e interdisciplinaria, es que el desarrollo es una suerte de imperialismo cultural que, en esencia, supone la imposición del modelo occidental de sociedad, más específicamente de los Estados Unidos, en la “periferia”.

De acuerdo con esta aproximación, el desarrollo no constituye más que un poderoso dispositivo de dominación occidental que representa erróneamente a las culturas de las sociedades en vías de desarrollo como “atrasadas”, ignorando las formas de vida de comunidades humanas enteras, especialmente las de las minorías étnicas, mujeres y otros grupos sociales discriminados. Otro argumento medular de esta línea de pensamiento, que entronca con ciertos temas de la teoría social post-moderna, es que la tecnología industrial en absoluto ha liberado a los individuos occidentales, por lo que bajo ningún concepto cabe esperar que sí lo haga en el mundo en vías de desarrollo (Ullrich; 1992).

La propuesta del “post-desarrollo” contiene, sin duda alguna, una carga crítica valiosa y, además, pareciera dar paso a una problematización de los valores y la cultura en el ámbito del desarrollo económico al reivindicar los significados, discursos y prácticas locales (Kiely; 1999). No obstante, esta corriente de pensamiento, finalmente, no ofrece tal problematización, razón por la cual merma fatalmente tanto el alcance como la intensidad de su ejercicio intelectual crítico, a la vez que sucumbe ante diversos e insalvables problemas conceptuales que debilitan notablemente su consistencia teórica (Kiely, 1999; Sayer, 2001). Las razones centrales que subyacen en la inviabilidad teórica del “post-desarrollo” radican en su desmesurada inclinación al relativismo y subjetivismo extremos (Kiely; 1999).

De otro lado, una segunda derivación del “giro cultural” sobre el desarrollo tiende a compartir de manera significativa ciertos elementos clave con la doctrina neoliberal, y celebra las presuntas bondades del consumo y la propagación de la lógica de los mercados en la vida social, política y cultural (Larraín; 1996:249-250) Este fenómeno, cómo no, se encuentra en la base de la “estetización” y “estilización” de la existencia (Lash y Urry; 1998).

Como es evidente, esta perspectiva es notoriamente acrítica y se regocija en los detalles de las “preferencias”, “elecciones” y “gustos” subjetivos e individuales que tienen lugar, por ejemplo, en los procesos de construcción de identidades conectada a las pautas de consumo. Por lo tanto, sobresale en esta aproximación cultural una clara afinidad, y paralelismo, con la economía política del neoliberalismo en la medida que se pasa por alto las decisivas conexiones entre tales decisiones y acciones individuales, por una parte, y las relaciones sociales fundamentales de la economía, la política y la estructura social, por la otra. En otras palabras, las elecciones individuales son autonomizadas y privatizadas a tal punto que se pierde de vista cualquier perspectiva que remita al carácter social de las mismas así como a su inserción en contextos sociales determinados. Asimismo, se prescinde por completo de la “normatividad” y de la dimensión valórico- moral en el funcionamiento de los mercados, la economía y los procesos socio-culturales de “estetización” y “estilización de la vida”. Así entonces, se considera positiva la extrapolación sin más del imaginario del mercado y del consumo a los más diversos ámbitos de la vida socio-cultural, más no se profundiza en absoluto en un tratamiento más sistemático y sostenido que permita aprehender teóricamente la naturaleza sociológica y política de los fenómenos en cuestión.

En consecuencia, cabe resaltar la validez del cuestionamiento al eurocentrismo y a los sesgos occidentales que han tenido las diversas teorías del desarrollo. No obstante, la tesis del post-desarrollo, al rechazar totalmente la noción de desarrollo, progreso, modernización, etc., incurre en innumerables dificultades que hacen trastabillar por completo su planteamiento central (Kiely; 1999). Es decir, dicho enfoque no logra aquilatar y analizar eficazmente el alcance de los valores en la cultura, en la economía y en el desarrollo.

Ahora bien, los enfoques someramente esbozados arriba sobre las dos vertientes de los Estudios Culturales y la economía política neoliberal ponen sendos obstáculos a la elaboración de nuevas líneas de investigación abiertamente interdisciplinarias que enriquezcan la tematización en plenitud del desarrollo. Esto resulta altamente paradójico pues los defensores del “giro cultural” han insistido vehementemente en las necesidad de romper con la propensión a los compartimientos estancos entre las distintas disciplinas académicas.

Lo anterior es de la mayor importancia pues, como hemos visto, los estudios del desarrollo están atravesando una severa crisis teórica que va en paralelo a un fuerte desencanto con los resultados que arrojan las distintas experiencias de desarrollo

de las últimas décadas. Urge la necesidad, por consiguiente, de establecer puentes de diálogo académico referidos al desarrollo entre las distintas disciplinas.

En una apretada síntesis, el enriquecimiento de la problematización del desarrollo conlleva ampliar significativamente la comprensión tanto de la cultura y la economía como de las relaciones entre ambas. Dicha profundización comprensiva y explicativa implica necesariamente la tematización rigurosa del papel de los valores y los juicios político-morales en la cultura y la economía (Sayer; 2001).

Para avanzar en el acercamiento en cuestión resulta sumamente útil hacer dialogar entre sí la economía política, el “giro cultural” y la reciente filosofía política-moral en torno a la problemática de la “alta modernidad” (Giddens, Beck y Lash; 1997) y del “impasse” en los estudios del desarrollo, en el marco intelectual más amplio proporcionado por la sociología.

Efectivamente, uno puede aceptar el punto de vista que el desarrollo es un proceso contradictorio, más esto en modo alguno supone rechazar la noción de desarrollo, puesto que es plenamente factible elaborar concepciones del mismo que escapen al evolucionismo y al eurocentrismo (Kiely; 1995: 79-81). Lo anterior significa que las propuestas de desarrollo no tienen por qué asemejarse o converger con las experiencias y “etapas” de los países occidentales. Asimismo, en esta concepción queda en evidencia que las necesidades de Occidente no deben ser consideradas como la norma para las necesidades de los sociedades en vías de desarrollo, ya que muchas de ellas obedecen a contextos sociales e históricos muy específicos. Con todo, esta constatación no conduce a la validación de las tesis del relativismo cultural abrazadas por los teóricos del post-desarrollo, dado que teóricamente pueden concebirse alternativas de desarrollo coherentes asentadas en bases sociales singulares y específicas. Dichas alternativas claramente pueden ser capaces de dialogar con propuestas universales sobre valores, necesidades y juicios político-morales que contribuyan a definir modalidades más deseables de desarrollo.

LOS VALORES EN LA CULTURA Y LA ECONOMÍA: HACIA UNA NUEVA APROXIMACIÓN

El proceso de convergencia temática propuesto arriba cuenta con decisivos punto de apoyo en las importantes y recientes contribuciones teóricas sobre el universalismo limitado y flexible (Nussbaum, 1992; Alexander,

1995; Habermas, 1992), las necesidades humanas transculturales y la reconceptualización de la noción de “economía moral” (Sayer; 2001).

Tales contribuciones permiten ampliar cualitativamente la comprensión tanto de la cultura y la economía como de las relaciones entre ambas, incorporando los valores y los juicios político-morales y expandiendo de manera decisiva los recursos teóricos de la sociología del desarrollo.

1. El universalismo limitado y las necesidades

En primer lugar, sin cierto tipo de compromiso con un conjunto limitado de necesidades universales, resulta sumamente difícil asumir cualquier tipo de aproximación crítica referida al desarrollo. Vale decir, necesitamos como mínimo cierto estándar o basamento común para evaluar las diversas expresiones de crecimiento económico y desarrollo (Kiely; 1995). A este efecto, es de la mayor importancia, por ejemplo, el concepto de universalismo limitado propuesto por determinados autores (Nussbaum, 1992; Alexander, 1995; Sayer, 2001).

En una conocida propuesta al respecto (Seers; 1979), se subrayan seis criterios para el desarrollo: la capacidad para cubrir necesidades como las de alimento y cuidado de salud; poder disponer de un empleo de determinado tipo; una distribución del ingreso relativamente equitativa; contar con niveles educacionales adecuados; garantizar condiciones de participación política y pertenencia a una nación genuinamente independiente.

En resumidas cuentas, los valores son incorporados en la discusión del papel de la cultura y de la economía en el desarrollo, apelando a criterios de escrutinio racional sobre eventuales necesidades, valores y prácticas de validez universal en un sentido terminantemente abierto y flexible, a saber, al margen de sesgos deterministas y eurocéntricos. Lo anterior supone que las necesidades, y los valores de Occidente, no conforman un modelo mecánico que deba ser impuesto al resto del mundo, pues el desarrollo, los niveles de bienestar, además de las formas de cobertura de las necesidades en el mundo desarrollado, pueden ser igualmente sometidos a criterios comunes de valoración crítica derivados de sendos principios universales.

Por otro lado, debe señalarse que este planteamiento no es del todo fácil, sin embargo, el relativismo cultural y moral es todavía más dificultoso y problemático si cabe. En primer lugar, las versiones más extremas del

relativismo son contradictorias consigo mismas, ya que al señalar que no existen criterios para evaluar los diferentes discursos sobre valores dan la impresión de estar incurriendo en una afirmación de validez absoluta, precisamente lo que los relativistas han intentado rechazar. Por otra parte, toda comprensión de otra cultura automáticamente lleva a la aceptación de que determinadas cosas, valores y prácticas son significativas entre diferentes culturas.

De ser así, por lo menos resulta más factible que haya criterios universales para la evaluación de todas las sociedades. Además, sin criterios universales de evaluación sobre valores, culturas y prácticas sociales, nos encontramos en una situación donde las ciencias sociales sucumben ante la aceptación del status quo. Como resultado, se torna retórica la preferencia del relativismo por la tolerancia y el pluralismo en la medida que, como se ha visto, sin dichos criterios universales, las propuestas relativistas corren el riesgo de convertirse en apología de todo tipo de prácticas opresivas.

Finalmente, desde una perspectiva meramente relativista, que subjetiviza e individualiza las preferencias de juicio valórico y moral, los procesos de resistencia ante situaciones opresivas se reducen necesariamente a acciones privadas que no son capaces de enfrentar los temas reales del poder social en el proceso de desarrollo.

En síntesis, este relativismo acaba en un acusado antihumanismo que claudica en términos de evaluación y abandona todo intento de dar cuenta normativamente del ser humano y del “funcionamiento humano” (Nussbaum; 1992), con lo cual los procesos sociales, amén de las relaciones de dominación, quedan abandonadas a la suerte de un libre juego de fuerzas económicas, políticas y sociales. En este entramado, el estatus, la desigualdad y las asimetrías de poder perjudican de sobremanera a los grupos sociales y clases más vulnerables, comprendiendo los trabajadores sobre-explotados, las mujeres, los pobres, las minorías étnicas, etc. De este modo, debe evitarse, a toda costa, la tendencia negativa a prescindir de criterios universales en los valores y juicios político-morales que inciden en el tipo de desarrollo por el que se apuesta.

La discusión más acabada sobre el desarrollo presupone cuestionar y someter al escrutinio racional el papel y la dimensión de los valores y las tradiciones en torno a lo que se estipule democráticamente como desarrollo,

modernización o progreso deseable. En otras palabras, únicamente a partir de la valoración de los criterios universales señalados puede tornarse viable un planteamiento genuinamente crítico que incorpore el cuestionamiento a las propias tradiciones culturales y no sólo a las de otros. Los valores propios, las tradiciones y las concepciones atinentes al desarrollo pueden verse enriquecidas por la inclusión temática de las necesidades transculturales y los valores genuinamente universales.

Como indica Habermas (1992: 240):

“¿Qué significa universalismo después de todo? Que uno relativiza su propio modo de vida en vista de las legítimas demandas de otras formas de vida, que uno le concede a los extranjeros y a los otros con todas sus idiosincrasias e incomprensibilidades, los mismos derechos de uno. Que uno no insiste en universalizar su propia identidad, que uno no excluye simplemente aquello que se desvía de ella, que las áreas de tolerancia deben ser infinitamente más amplias de lo que son hoy día. El universalismo moral significa, todas estas cosas.”

Por consiguiente, el planteamiento universalista repercute en la discusión valórica sobre la orientación que deberá tener el desarrollo deseable en función del respeto a las diferencias, la tolerancia de la pluralidad y la diversidad así como la integración de grupos excluidos en el proceso de crecimiento económico y desarrollo global. Sólo de esta manera el proceso de modernización estará en condiciones de dar forma concreta a las promesas más generales de la modernidad. Como consecuencia, las teorías sobre el desarrollo definitivamente deben someter las diversas preferencias, por muy enraizadas que estén en prácticas tradicionales, al escrutinio de la crítica y la razón, en el entendido de que esto en modo alguno supone necesariamente la imposición de un poder externo a las prácticas y significados locales. Asimismo, el papel de los valores en el desarrollo enriquece la dimensión de la cultura y de la economía al incluir en su centro los juicios valóricos y normativos, bajo el alero de una permanente evaluación ética inserta en las decisiones políticas y sociales del desarrollo.

2. Repensando la economía moral

Es un hecho indiscutible que a pesar de que la pre-capitalista “economía moral” ha sido significativamente sustituida por la economía política de los mercados libres, convirtiendo los juicios morales de los consumidores relativos

al bien común en preferencias privadas, y “des-moralizando” mediante la mercantilización de la fuerza de trabajo, aún persisten aspectos normativos que resultan ser relevantes desde un punto de vista político-moral.

La influencia de la cultura en la economía, merced a las normas morales, no es sólo un fenómeno presente en las sociedades de la periferia, dado que la misma también ha sido ampliamente documentada en los países “avanzados” (McMylor, 1994; Storper y Salais, 1996).

Así entonces, la economía moral contempla normas sobre responsabilidades y derechos de los individuos, grupos, organizaciones e instituciones con respecto a otros. Esta realidad es más marcada aún en las economías de las sociedades subdesarrolladas, donde persisten normas y valores de reciprocidad, confianza, intercambios materiales y simbólicos en complejas interrelaciones con las lógicas de mercado. Pues bien, tales normas y valores tienen lugar tanto en el ámbito formal de la economía como en el informal, comprendiendo el dominio productivo doméstico y privado. Asimismo, las normas guardan estrecha relación con los contenidos y calidad de los bienes, los servicios, el medio ambiente y la ecología (Beck; 1998).

Cabe subrayar que las normas morales se entremezclan con variopintas relaciones sociales de poder que incorporan sendas consideraciones sobre beneficios y costos. Por lo mismo, muchas normas se ven condicionadas y atenazadas por la racionalización de los efectos del poder socio-económico. Con todo, los mercados y las instituciones económicas están profundamente insertas o “empotradas” en correspondientes bases y tejidos sociales (Evans; 1995). Tales fenómenos económicos, con su carga discursiva y material, también se relacionan íntimamente con los sistemas de parentesco, las comunidades, los grupos y clases sociales sobre la base de principios y prácticas no mercantiles (Wolfe; 1989). Las relaciones en cuestión, por cierto, son considerablemente pronunciadas en la economía informal, más también tienen lugar en el sector formal y estructurado de la economía.

Como sugiere Sayer (2001: 10), desde una perspectiva universal flexible, esto es, aplicable al centro y la periferia, el escrutinio normativo y democrático acerca de la revitalización de la economía moral comprende, entre otras, las siguientes interrogantes: “...¿Cuáles son nuestras responsabilidades hacia los niños, ancianos, minusválidos y enfermos, los otros distantes y las futura generaciones y el medio ambiente? ¿qué estándares de cuidado y provisión

deberíamos esperar, recibir, dar y financiar? ¿qué bienes deberían ser proporcionados? ¿cómo deberíamos cumplir con nuestras responsabilidades hacia otros? ¿mediante el pago de impuestos para financiar pagos de transferencia, mediante trabajo directo no pagado? ¿pagando a otros para hacer el trabajo? ¿cómo deben ser asignadas estas responsabilidades entre hombres y mujeres, entre padres y no padres, entre distintos grupos de edad, entre gente con diferentes ingresos y riqueza? ¿qué estándares de vida debe esperar la gente? ¿debe haber límites al pago e ingreso de capital? ¿hasta qué punto deben depender las personas de sueldos-salarios para su ingreso? ¿hasta qué punto el ingreso debe estar sujeto a la “rígida utopía” del mercado “autoajustable” (Polanyi; 1944) ? ¿qué cosas no deberían ser mercantilizadas?”

Es menester recalcar que toda ciencia social auténticamente crítica da por sentado un “punto de vista normativo” que es, a todas luces, vital para evaluar rigurosamente las políticas y transformaciones económicas así como el impacto de las políticas públicas y sociales en la dirección que asume el desarrollo. Como indica Sayer, las interrogantes de arriba son de índole académica y en la práctica se resuelven según el “funcionamiento de la economía y la convención del poder en el mundo de vida y el sistema” en lugar de serlo en el dominio normativo. En términos concretos, la reflexión en cuestión entra de lleno y sin ambages en el ámbito de las principales decisiones sociales y políticas relativas a cómo se concibe el desarrollo.

En este sentido, la “des-tradicionalización” y la “des-moralización” plantean un desafío moral a los actores sociales en la medida que se ven prácticamente compelidos a decidir y optar entre una serie de complejos dilemas valóricos y político-morales inéditos que “remoralizan” las actividades del Estado, los mercados y la sociedad civil definiendo estratégicamente el carácter del proceso de desarrollo.

En las últimas décadas, por ejemplo, el neoliberalismo ha tendido a concebir numerosos problemas sociales como resultado de falencias de los individuos “disfuncionales” que han fracasado al no adquirir las competencias, habilidades, etc. requeridas para, de forma “empoderada”, desenvolverse con “éxito” en el mercado laboral. De este modo, el funcionamiento de la economía, la división del trabajo, la distribución del ingreso, entre otras, no deben ser sometidas al escrutinio racional y normativo, dado que los “problemas” y “desajuste” sociales derivarían directamente de individuos “inadaptados” que carecen de las actitudes y valores “correctos”. Pese al evidente debilitamiento moral del

discurso público que ocasiona el neoliberalismo, la revitalización valórica y normativa abre nuevas aproximaciones para abordar adecuadamente el debate y reflexión pública en torno a la desigualdad, la exclusión, la pobreza y la justicia social. No obstante la retórica tecnocrática, sólo sobre bases sociales sólidas pueden ser viables en el tiempo las estrategias de desarrollo.

A modo de ilustración, Raczynski (1999) efectúa un interesante análisis de la política social en Chile en los noventa que suscita interrogantes que pueden hacerse extensivas a numerosas experiencias de desarrollo en América Latina y otras sociedades de la periferia. Dice Raczynski.

“Resulta fundamental hacer un análisis acerca del modelo de sociedad que se está construyendo en Chile. ¿Se está construyendo efectivamente un modelo de bienestar social que apunta a la equidad e integración social? O más bien, ¿el predominio de reglas del mercado anula los efectos de la política social y/o transforma en apéndice de la operatoria del mercado?”

Obviamente, la respuesta a estas interrogantes se juega en el ámbito de los procesos y luchas políticas, pero la ciencia social si puede especificar cierto marco limitado que diga relación con las condiciones sociales que contribuyen a una vida mejor para la humanidad. El conocimiento y la investigación racional de la ciencia social, la economía política y los juicios político-morales pueden proporcionar perspectiva y horizonte a una sociedad mejor en sus inevitables procesos de cambio y transformación.

CONCLUSIÓN

Tal como se argumentó arriba, la reconceptualización de las relaciones entre cultura y economía permiten profundizar y ampliar nuestro conocimiento sobre el desarrollo. Las relaciones en cuestión arrojan luz acerca del papel central de los valores, normas y juicios político-morales, por lo que la sociología del desarrollo, en una apuesta interdisciplinaria, debe investigarlos rigurosa y sistemáticamente. En concreto, el universalismo limitado y flexible, junto a las necesidades transculturales y la “economía moral”, ofrecen líneas de investigación teórica y empírica altamente sugerentes que amplían la temática del desarrollo dando cuenta de los nuevos escenarios sociales y sus múltiples desafíos.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, J. Fin de siècle social theory: Relativism, reduction and the problem of reason. Verso; London, 1995.
- Bauman, Z. Life in Fragments, Blackwell; Oxford, 1995.
- Beck, U. La sociedad del riesgo, Paidós; Barcelona, 1998.
- Berger, P. The capitalist revolution: fifty propositions about prosperity, equality and liberty. Basic Books; New York, 1986.
- Giddens, A. The Constitution of Society. Polity. Londres, 1984.
- Giddens, A., Beck U., Lash, S. Modernización reflexiva: política, tradición, Alianza; Madrid, 1997.
- Habermas, J. Communication and the evolution of society, Boston, Bracon Press
Autonomy and solidarity. Verso; London, 1979.
- Kiely, R. Sociology and Development. The impasse and beyond, University College of London Press; London, 1995.
- The last refuge of the Noble Savage? A critical assessment of post-development theory, European Journal of Development Research 11 (1); 1999. pág. 30-55
- Escobar, A. Encountering Development. Princeton University Press. Princeton, 1995.
- Esteva, G. Desarrollo. En: Antropología del Desarrollo, Viola, A. (Comp.), Paidós; Barcelona, 2000. pág. 67-103
- Evans, P. Embedded Autonomy. Princeton University Press; Princeton, 1995.
- Lal, D. The Poverty of Development Economics. Institute of Economic Affairs; Londres, 1983.
- Larriain, J. Sociology of Development. Polity, Londres, 1989.
- Modernidad, Razón e Identidad en América Latina. Editorial Andrés Bello; Santiago, 1996.
- Lash, S.; Urry, J. Economías de Signos y Espacio, Amorrourtu Editores; Buenos Aires, 1998.
- MacMylor, P. Alasdair MacIntyre: Critic of Modernity. Routledge; Londres, 1994.
- Nussbaum, M. Human functioning and social justice, Political Theory 20; 1992. pág. 202-246.

- Sayer, A. Valuing Culture and Economy, Department of Sociology. Lancaster University:
[http:// www.com.lancs.ac.vic sociology](http://www.com.lancs.ac.vic/sociology) .
- Seers, D. Toward a new strategy of development. Pergamon, 1979.
- Storper, S. y Salais, R. Worlds of production. An action framework of the economy,
Cambridge M.A.; Harvard University Press, 1996.
- Raczynki, D. Políticas sociales en los años noventa en Chile. Balance y Desafío. En: El
modelo chileno. Democracia y desarrollo en los noventa, Drake, P; Jaksic, I. (Comps.).
LOM; Santiago, 1999. pág. 125-150.
- Viola, A. (Comp.). Antropología del Desarrollo. Paidós; Barcelona, 2000.
- Wright, E.D. Class counts; Cambridge University Press; Cambridge, 1997.
- Wolfe, A. Whose keeper? Social Science and Moral Obligation. University of California;
Berkeley, 1989.